

JESÚS Y LA IGLESIA

*Del proyecto mesiánico
a la religión cristiana*

Juan Antonio
Estrada



Desclée De Brouwer

Juan Antonio Estrada Díaz

JESÚS Y LA IGLESIA

Del proyecto mesiánico
a la religión cristiana

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO

© Juan Antonio Estrada Díaz, 2022

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2022

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-330-3202-7

Depósito Legal: BI-01425-2022

Impresión: GRAFO, S.A. - Basauri

Quienes saben alegrarse con nosotros están por encima y más cerca que quienes nos compadecen. La alegría compartida hace al “amigo”, la compasión al compañero de desgracias. La ética de compasión exige como complemento la ética superior de la amistad.

(Nietzsche, Fragmentos póstumos 1876)

A EDUARDO LÓPEZ AZPITARTE
desde la amistad, el agradecimiento y una fe compartida.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. Interpretar y cambiar el significado de la Escritura ..	11
2. Las iglesias surgen después de Jesús.....	14
3. Pensar la reforma de la Iglesia.....	18
1. EL PROYECTO DE JESÚS	23
1. Jesús y la prioridad del Bautista	23
2. El proyecto mesiánico: el reino de Dios	33
3. El mal y el sufrimiento: el anti reino.....	43
4. Cómo afrontar la vida.....	55
2. DE JESÚS A SUS DISCÍPULOS	69
1. El ambiguo seguimiento de sus discípulos	70
2. Cómo los discípulos se convierten en apóstoles	82
3. La resurrección transformó el proyecto de Jesús.....	89
4. La comunidad discipular se convirtió en Iglesia	96
5. Liderazgos en conflicto: los apóstoles	105
3. LAS PRIMERAS IGLESIAS	119
1. La eclesiología de Pablo	120
2. El legado espiritual de Juan.....	127
3. Cómo surgen los ministerios	134
4. La exaltación e institucionalización de la Iglesia	145
5. La ausencia de sacerdotes en el Nuevo Testamento ...	160

4. LAS IGLESIAS TARDÍAS	167
1. Cómo surgió la religión cristiana	169
2. El presbiterado y el obispo monárquico	178
3. Un nuevo culto: los sacramentos mayores.	193
4. A quién y cómo perdonar	202
5. CRISIS E IDENTIDAD DE LA IGLESIA	209
1. Reformar la Iglesia. El Concilio Vaticano II	212
2. El intento de vuelta atrás en el postconcilio	224
3. La parroquia. La comunidad de los laicos	229
4. La mujer interpela a la Iglesia	241
5. Restaurar el diaconado permanente	255
6. UNA IGLESIA SINODAL Y MINISTERIAL	259
1. Un nuevo modelo: los obispos servidores en la Iglesia	260
2. El ministerio del papa al servicio de la unidad	271
3. La sinodalidad desde la eclesiología de comunión	280
4. La crisis teológica y ministerial de los presbíteros.	286

INTRODUCCIÓN

Desde la segunda mitad del siglo XX se ha dado una doble revolución en la teología católica: la aceptación del método histórico crítico en la exégesis y el descubrimiento de la historia como determinante de la teología, de la dogmática y de la exégesis. Después de siglos de distanciamiento de la Escritura, sustituida por las enseñanzas de la tradición y del magisterio eclesiástico, se ha dado una vuelta a los textos bíblicos. También ha surgido una hermenéutica nueva: la palabra de Dios se da siempre mediante la humana, que es histórica, contingente y cambiante. Los escritos del Nuevo Testamento hay que interpretarlos desde su contexto, circunstancias y las comunidades desde las que se escriben. Esta perspectiva implica un nuevo paradigma en la comprensión de las Escrituras.

1. Interpretar y cambiar el significado de la Escritura

La revalorización de la Biblia obliga a cambios en la teología. Desde los orígenes el cristianismo es plural, hay cuatro evangelios y cada uno de ellos tiene su propia perspectiva y está condicionado por el autor, su comunidad y los problemas que se plantean en fechas y sitios diferentes. Si buscamos la correspondencia entre la realidad y lo que cada evangelio cuenta, los evangelios desilusionan. Ya no es posible una lectura literal de lo que dicen. Cada uno busca comunicar la revelación de Dios, forman parte del conjunto

del Nuevo Testamento y buscan transmitir la fe en Jesús. No interesa tanto la fidelidad a los hechos, cuanto transmitir la revelación de Dios que ofreció Jesús. Hay diferencias de contenido y también contradicciones entre ellos. No se pueden pasar por alto esas discrepancias, que forman parte de la revelación y de la inspiración de cada escritor. Escoger un autor o un escrito como la clave última del Nuevo Testamento a costa de los demás, sería hacer una selección subjetiva, externa a los escritos y posterior a ellos.

Pocos textos hay en la historia de la literatura mundial que hayan tenido tantos efectos y consecuencias históricas. La Iglesia resistió a la tentación de hacer un solo evangelio, mezclándolos para integrarlos en uno solo, que sería un quinto evangelio. Todos ellos hablan de Jesús, de su proyecto y de su enseñanza, pero cada uno ofrece su propia interpretación y reajusta los textos para adaptarlos a sus propios intereses, los de cada evangelista y los de la comunidad a la que pertenece. Y el resto de los escritos ofrece también teología, interpretación personal de sus autores, siendo especialmente importante la versión que ofrece Pablo de Cristo, porque no conoció a Jesús. Nos acercamos a la Biblia conscientes de que cada aproximación es particular, subjetiva y fragmentaria. La Iglesia en su conjunto existe antes del canon de la Escritura y fue ella la que lo creó y lo interpretó. El respeto a la pluralidad de interpretaciones se exige también a las teologías posteriores. Cada una de ellas es relativa, particular y condicionada. De ahí, la importancia de la tradición global que recoge las distintas confesiones e interpretaciones que se han hecho en el cristianismo a lo largo de los siglos. La Escritura no se interpreta a sí misma, ni hay neutralidad posible al acercarse a ella, sino que es interpretada selectivamente. No es solo que la Escritura es fruto de la tradición, sino que toda explicación de ella se hace desde la tradición en que se vive. No somos neutrales ni imparciales al leer la Escritura, porque partimos de una comunidad interpretativa.

Lo normativo de las Escrituras y la validez de la tradición están vinculadas y cambian en la historia. No basta con conocer la intencionalidad del autor de un texto, la cual además siempre es reconstrucción interpretativa, sino que cada escrito tiene

su propia autonomía y consistencia, y acaba independizándose de su autor. La comprensión objetiva del escrito en sí mismo desborda al autor y se abre a nuevos significados con el paso del tiempo. Como afirma Gadamer, “la hermenéutica del texto se abre a la pluralidad de tradiciones e interpretaciones y el horizonte del texto se funde con el actual, abriendo nuevas posibilidades. Hay una fusión de horizontes, el del texto y el del lector”. El texto siempre remite a la experiencia desde la que se escribe, pero también la potencia y la limita desde su objetividad. Explicar el texto implica una comprensión inicial y su apropiación posterior, que nunca es completa, porque vendrán otras percepciones nuevas. El valor permanente de la obra y las distintas recepciones del texto generan una tradición interpretativa, continua y plural. Cada lectura abre a una nueva interpretación posible, al releer y encontrar en él potencialidades que no estaban tan claras al inicio. El Nuevo Testamento ofrece un conjunto de escritos cuya comprensión cambia constantemente y que necesitan ser leídos e interpretados en cada momento histórico.

Lo contingente histórico permite relativizar las distintas exégesis que se han hecho en el pasado, sin negar que en momentos determinados sea necesario asumir una aclaración normativa, dogmática, para resolver un problema. La evolución ofrece perspectivas nuevas y permite seleccionar las tradiciones, ya que no todo es igualmente válido ni tiene el mismo peso. Ahí juega un papel clave, pero no único ni absoluto, la tradición y el magisterio de la Jerarquía, junto a la labor de los teólogos y la recepción del pueblo cristiano. Cada tradición es importante, no tanto como depósito a defender, cuanto como el conjunto de las interpretaciones desde las que los cristianos han vivido su fe. Pero una cosa es el depósito de la fe y otra la forma de expresarlo, que varía con el tiempo. Hay que atender a la advertencia de Juan XXIII: “Una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina y otra la manera como se expresa”. A veces se transforma el contenido de la misma fe a la luz de las nuevas verdades que se van adquiriendo. Por eso hay una formulación de las tradiciones, que conlleva una comprensión diferente

del pasado. La tradición no se puede entender como una enseñanza inmutable, permanente e intemporal.

Lo que el Nuevo Testamento dejó abierto, las distintas concepciones de Jesús y la Iglesia, no puede cerrarse posteriormente. La pluralidad de teologías y de escritos forma parte de lo que entendemos como canon del Nuevo Testamento. Viejas definiciones dogmáticas, decisiones en el campo de la moral y condenas de heterodoxias, pueden comprenderse ahora de otro modo en un nuevo contexto histórico. Cualquier formulación teológica puede cambiar de sentido con el paso del tiempo, aunque se mantenga la literalidad del pronunciamiento, porque cambia su significado. La evolución teológica e histórica permite descubrir la verdad, a veces implícita, de lo definido como herético y captar la limitación de la formulación ortodoxa que lo rechazó. Hay una pedagogía de la fe que posibilita una rehabilitación, al menos parcial, de formulaciones del pasado. El ecumenismo se debe a que ni la teología protestante ni la católica actuales son las mismas que las del siglo XVI. Hoy somos más conscientes que en el pasado, de que una misma experiencia de fe admite diversas expresiones e interpretaciones. Como todas ellas están condicionadas y son parte de una cultura histórica, pueden llegar a ser obsoletas y reformables porque ha cambiado su contenido y su modo de expresarse.

2. Las iglesias surgen después de Jesús

En el caso de “Jesús y la Iglesia”, el problema de la interpretación aumenta porque la Iglesia no deriva directamente de Jesús ni es una fundación suya. El capítulo primero, “El proyecto de Jesús”, se centra en el planteamiento mesiánico de Jesús; en su dependencia histórica y también teológica de Juan el Bautista; en el significado del reinado de Dios para el mismo Jesús y en su descubrimiento progresivo de sus consecuencias. El problema permanente del sufrimiento y el mal, agudizado porque Dios no interviene a pesar de las peticiones humanas, cuestiona el proyecto mesiánico de Jesús y luego el de sus discípulos. La espera

frustrada de la última intervención de Dios puso en cuestión la fe de sus discípulos y se convirtió en el argumento de los que rechazaban a Jesús. La paradoja cristiana es aceptar la paternidad y bondad de un Dios que no impide la crucifixión y el fracaso histórico de su enviado. En este contexto hay que analizar las enseñanzas de Jesús, el significado de las bienaventuranzas y la manera que tiene de afrontar la cruz. Jesús transmite un proyecto de vida y le interesa menos la reforma de las estructuras sociales que la conversión y motivación de las personas. Este es el legado que Jesús dejó a la naciente Iglesia.

Comprender el significado de Jesús y de su misión es condición necesaria, pero insuficiente para captar el de “la Iglesia”, su identidad y funciones. Jesús y la Iglesia responden a dos momentos históricos diferentes, aunque el tiempo de la segunda esté condicionado por el de Jesús. Si la cristología determina a la eclesiología, también ocurre a la inversa. El capítulo segundo, “De Jesús a sus discípulos”, se centra en la nueva comprensión de Jesús a partir de la resurrección. A partir de ella el anuncio del reinado de Dios deja paso al de la próxima venida de Cristo resucitado, el predicador se convierte en el centro de la predicación de sus discípulos. Al transformarse la misión de Jesús, que ahora se convierte en plenamente universal, cambian también los discípulos. La representatividad de los “doce discípulos” cambia cuando se convierten en “los doce apóstoles”, la Iglesia naciente sucede a la comunidad discipular de Jesús. El papel exclusivo de Jesús para sus discípulos deja paso ahora a la actividad del Espíritu Santo como protagonista y como mediador de Cristo resucitado. El paso del monoteísmo judío a la concepción trinitaria de Dios marca el surgimiento de la Iglesia. Se ponen así las bases para la diferenciación del cristianismo respecto del judaísmo del que procede.

La comprensión que tenemos hoy de la comunidad de discípulos y de la Iglesia emergente es diferente de la que tenían Jesús y los primeros cristianos. Por eso la idea de volver a la Iglesia primitiva es inviable además de anacrónica, ya que lo que interpretamos hoy como revelación de las Escrituras no es lo que comprendieron

ellos en otro momento histórico. De la misma forma, hay que diferenciar la perspectiva de Jesús y la de la Iglesia, que surge posteriormente y tiene otros protagonistas. Si la vida de Jesús es clave para captar el sentido de su muerte y resurrección, estas últimas son determinantes para captar retroactivamente el significado de su vida. Los rasgos eclesiales de cada evangelio están marcados por acontecimientos posteriores al mismo Jesús y lo nuevo que surge a partir de la resurrección no siempre coincide con lo que Jesús hizo y pretendía. La variedad de exposiciones sobre Jesús, su identidad y su misión, legitima la diversidad de teologías.

Esto mismo ocurre cuando planteamos el significado de la comunidad de discípulos de Jesús y el surgimiento de la Iglesia. Lo que Jesús inició continúa de forma distinta y cada texto lo explica de modo diferente. El capítulo tercero, "Las primeras iglesias", analiza las dos grandes corrientes que surgieron tras Jesús, la comunidad judeocristiana de Palestina y las comunidades de judíos helenistas y de paganos prosélitos que se integraron bajo la dirección de Pablo. Surgen también eclesiologías diferentes, unas más en continuidad con Jesús y la tradición judía, y otras más marcadas por la acción del Espíritu y por una dinámica carismática y profética. Buscamos comprender cómo y por qué surgió la Iglesia, en qué está basada en Jesús y en qué se diferencia de él. Hay que reconstruir histórica y teológicamente el proceso de constitución de la Iglesia, dando contenido a la creatividad e iniciativa de los cristianos. Los mismos evangelios no narran simplemente lo que Jesús hizo, sino cómo lo comprende cada evangelista y la comunidad a la que pertenece.

El cristianismo es uno, pero plural y conflictivo desde el comienzo, porque se basa en comprensiones teológicas diferentes. Los apóstoles constituyen el nexo entre Jesús y la naciente Iglesia, pero ni todos son discípulos de Jesús ni hay un consenso en torno a quién y cómo se es apóstol. Jesús no determinó las estructuras de la Iglesia, y los cargos o ministerios locales surgen de las dos grandes tradiciones, la judía de presbíteros y la paulina de obispos, siendo los diáconos comunes a ambas tradiciones. Hay que analizar

también los cambios que se producen en el cristianismo con el paso de la generación apostólica a la post apostólica. El evangelio de Juan y sus cartas son las más cercanas a la cristología espiritual paulina. El análisis del Nuevo Testamento muestra el dato sorprendente de que no se llama sacerdote a ningún ministro de la Iglesia, se reserva a Cristo y a la Iglesia en cuanto comunidad. La concepción que se tiene del sacerdocio como consagración no es la ministerial, que se desarrolló después, sino la bautismal.

El capítulo cuarto, “Las iglesias tardías”, se centra en los escritos de finales del siglo I y comienzos del siglo II, tanto los canónicos como los otros. Los escritos son narraciones, confesionales y testimoniales, doctrinales y catequéticas, de carácter exhortativo, simbólico y apologético. Hay que evaluar un proceso plural y complejo, respetando tradiciones y escritos que a veces discrepan al narrar y valorar su vida y muerte. La unidad del Nuevo Testamento no se basa en la uniformidad, sino en una comunión en la diversidad, ambas constitutivas de la Iglesia. La Iglesia no solo se independiza del judaísmo, sino que asume estructuras y doctrinas de la cultura grecorromana. Asistimos a la constitución de una nueva religión con vocación mundial, ya independizada de la judía. El paso del tiempo hace que se pierda la expectativa escatológica y que la misión se centre en el imperio romano. Es la etapa de institucionalización, aunque hay escritos que conservan todavía la dinámica profética y carismática. Entonces, se desarrolla la teología de la sucesión de los apóstoles por los ministros locales de las iglesias, presbíteros y obispos. Se estabiliza la triada ministerial y se consolida el episcopado monárquico. A su vez, los presbíteros se nombran ya sacerdotes y se crea una Jerarquía clerical diferenciada del pueblo. Sobre todo, se crean los primeros sacramentos, desde la primacía del bautismo y la eucaristía como el sacramento del sacrificio de Cristo. La presidencia de la eucaristía recae inicialmente sobre el obispo y luego de forma subordinada sobre los presbíteros. Hoy cobra cada vez más fuerza la eclesiología eucarística de comunión, que transformaría la forma de celebrar los sacramentos y la estructuración de la misma Iglesia.

3. Pensar la reforma de la Iglesia

Conocer a alguien implica conocer su historia. La teología histórica, impugnada en la época de Pio XII, ha abierto nuevas perspectivas a nuestro conocimiento del cristianismo. Ahora podemos comprender mejor qué ha ocurrido y cómo se ha llegado a iglesias cristianas separadas y frecuentemente enfrentadas. El ecumenismo tiene hoy más posibilidades que en el siglo pasado y la reforma de las iglesias se convierte en una exigencia fundamental. Además, asistimos hoy a un cambio de ciclo mundial y dentro de él a una crisis del cristianismo. Tanto interna como externamente hay que afrontar nuevos retos. La tradición histórica sigue siendo una referencia fundamental que ilumina la identidad cristiana y muestra cómo se ha vivido a lo largo de los siglos. Pero del mismo modo que ella ha cambiado constantemente, así también hay que renovar a la Iglesia actual. La tradición ofrece las respuestas a las preguntas del pasado, pero quedarse solo en ella, llevaría a ignorar las demandas actuales.

El Concilio Vaticano fue el primer intento global de renovación y actualización (“aggiornamento”) de la iglesia católica. A partir de él hay que pensar las posibles reformas. En el capítulo cinco, “La identidad de la Iglesia”, se ofrece una breve síntesis de la eclesiología del Vaticano II y se evalúa cómo se ha desarrollado el postconcilio doctrinal y pastoralmente. En este capítulo se da prioridad a la teología de los laicos, a sus ministerios y a su papel en las comunidades parroquiales y en las asociaciones laicales. La potenciación de los laicos fue una de las grandes aportaciones del Vaticano II, pero en parte se ha mantenido su papel tradicional porque la realidad eclesial sigue siendo la de una comunidad desigual, la de una iglesia enseñante respecto a otra que aprende, y la de una eclesiología dualista que mantiene la obediencia a la autoridad como virtud cardinal, sin sustituirla por el discernimiento. En este marco se analizan algunas propuestas del papa Francisco y de teólogos renovadores. El papa propone a la Iglesia como una pirámide invertida, una Iglesia en salida, plataforma de una nueva misión para viejas cristiandades que han dejado de serlo.

La misión no es un añadido, porque en ella se constituye y forma la Iglesia. Hay que leer la Constitución sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*) desde la de la Iglesia en el mundo (*Gaudium et Spes*).

Este es el marco adecuado para plantear el ministerio de los diáconos, que ofrece un buen modelo de lo que implicaría ordenar a “*virii probati*”, laicos ordenados sin obligación del celibato. Desde la perspectiva de una teología laical y de la Iglesia como comunidad con pluralidad de ministerios y carismas hay que plantearse también el papel de la mujer en la Iglesia. El Vaticano II no pudo abordar la problemática de sacerdotes casados y de mujeres sacerdotes porque no lo permitió el papa Pablo VI. Pero los problemas subsisten y no abordarlos solo lleva a que empeoren con el tiempo. Hoy se habla de un posible Concilio Vaticano III, en el que ambas problemáticas serían determinantes, aunque hay que evaluar el momento adecuado para abordar ambas cuestiones y en caso afirmativo plantear cómo hacerlo sin que se agrave la polarización interna que hay en la Iglesia. El papel de la mujer en la Iglesia es la cuestión más importante porque concierne a la mitad de los miembros de la Iglesia. La discriminación de la mujer es milenaria y universal, lo novedoso es el movimiento en favor de la igualdad de derechos y de dignidad que se ha dado desde finales del siglo XIX en muchos países. Hay que analizar cuáles son las causas y motivaciones que impiden a la iglesia católica integrarse en esa dinámica. Se analizan las raíces de la discriminación, las teologías que las han favorecido, las leyes que marginan a la mujer y las reivindicaciones al respecto. El acceso de la mujer al sacerdocio es la cuestión más debatida, pero el problema de fondo es qué tipo de sacerdocio y de ministerio es el que se propone. El papa Francisco subraya la importancia del clericalismo, pero este hay que entroncarlo con un modelo de Iglesia que no solo limita los derechos de las mujeres y de los laicos, sino que además perjudica a los mismos ministros y sacerdotes.

En el capítulo sexto, “Una Iglesia ministerial y sinodal”, se estudia el papel de la Jerarquía en la Iglesia. Se aborda la teología actual del episcopado y sus diferencias con la tradición histórica,

la relación entre los obispos y los presbíteros y el papel del papa en el contexto actual. Si el Vaticano II revalorizó a los obispos, hay que replantear las relaciones entre el primado papal y las conferencias episcopales, abordar la reforma de la Curia romana y superar el modelo monárquico, que sigue siendo determinante para el ministerio papal y el de cada obispo en su diócesis. También desde esta perspectiva hay que analizar el significado del presbiterio y las funciones de los presbíteros en sus parroquias, una vez que se ha revalorizado el papel de los laicos. Los sacerdotes fueron el grupo eclesial menos favorecido por el Concilio Vaticano II, a diferencia del episcopado y el laicado. Hoy se necesita una renovación profunda de la teología del ministerio presbiteral y de su funcionamiento. Hay que plantear también la espiritualidad y la praxis de los presbíteros en una sociedad secularizada, como las europeas, y con un fuerte componente anticlerical. La transformación de la estructura ministerial repercute en toda la Iglesia. El modelo actual mantiene instituciones obsoletas que estaban pensadas para sociedades de cristiandad, pero no para las actualmente existentes.

La sinodalidad de la Iglesia es la que mejor canaliza hoy los esfuerzos de reforma y renovación. También es la que mejor responde a una eclesiología de comunión y está ampliamente atestiguada en la tradición. Pero del mismo modo que hubo mucha oposición a dar autoridad a las Conferencias Episcopales, así también una iglesia sinodal tropieza con rechazos. En parte porque mediante ella se canalizan muchos de los deseos y movimientos de reforma de la Iglesia. Vivimos un momento histórico de inseguridad y en parte de desorientación porque la crisis de la Iglesia se da en todos los niveles y la Jerarquía no aparece con capacidad de liderazgo para abrir un nuevo horizonte. Para muchas personas la Iglesia se ha convertido en uno de los obstáculos mayores para la renovación del cristianismo. La Iglesia en su conjunto ha perdido credibilidad y capacidad de influencia en nuestras sociedades, en parte por los escándalos de la Jerarquía. Hoy tenemos que asumir a una Iglesia pecadora ella misma, no solo sus miembros, que necesita una evangelización profunda. El criterio fundamental

de las propuestas de cambio tiene que ser el legado de Jesús, lo que más posibilite vivir con los valores evangélicos en la Iglesia y sociedad. Ahí es donde se juega el futuro del cristianismo, las posibilidades ecuménicas del catolicismo y la evangelización de nuestras sociedades secularizadas.

En cada capítulo hay muchas citas y bibliografía en varias lenguas que permite una consulta y ampliación de las temáticas tratadas. En lo que concierne a las revistas de teología sigo las siglas y abreviaturas que se recogen en la síntesis de S. Schwertner, "Abkürzungsverzeichnis": *Theologische Realenzyklopädie*, Berlín, W. De Gruyter, 1976. Contiene las siglas de la mayoría de las revistas en lengua española.